

**ALTERIDAD Y ALIEDAD: REFLEXIONES SOBRE
IDENTIDAD Y MARGINALIDAD EN *A GOOD MAN IN
AFRICA* DE WILLIAM BOYD**

Cristina Rivas Campoamor
Universidad de Alcalá

ABSTRACT

When we hear the word Identity the first image that comes to our mind is a pleasant place where our sense of belonging acts as a protective shield against the unknown, the alien. But this is only an unconscious response built up by an ideological construct that conveniently enthralls our Self and surreptitiously makes us accept certain social conventions and rules. If we just analyse it more carefully we will discover that this hypothetical shelter is just the prime source for a Marginality that not only is felt by those who do not belong to the group, but also by those that are part of it. Identity, then, turns out to be something of a human bondage with a terrific capacity for isolation. And this is precisely what the characters in Boyd's novel painfully experience and what the author tries to convey through the bitter irony that soaks this satire which, mercifully, is presented to the reader under the mild appearance of a comic novel.

La marginalidad es una constante en las relaciones humanas ya que surge de la dicotomía entre el yo y el otro, y es el resultado de nuestra estructura social construida en torno a un eje central. El objetivo del presente trabajo es ver cómo en la novela *A Good Man in Africa* (1981) de William Boyd, sus personajes, reflejo de una de las múltiples realidades que nos circundan, sobrellevan esta ineludible convivencia y confrontación entre el yo y el otro, y de qué forma la identidad puede verse afectada. Pero antes de entrar en el análisis de la citada novela procede comentar brevemente lo que se entiende por alteridad y aliedad.

Existe en el individuo un impulso natural a agruparse socialmente, a buscar protección bajo la tutela de un hipotético, pero útil, *centro* que genera e impone un determinado orden en las relaciones internas. Consecuencia de este agrupamiento y ordenación social son las llamadas relaciones de pertenencia por medio de las cuales cada miembro obtiene su identidad, tanto individual como de grupo (Landowski 99). Pertenecemos a un grupo, en tanto que individuos, porque compartimos un cierto número de afinidades, de creencias, de rasgos, de ideas, de intereses, y esta pertenencia toma cuerpo a través del espejo de la mirada del otro, ya que a través suyo nos reconocemos como miembros de una misma unidad social, y por supuesto, nos identificamos con él. Este acto recíproco de identificación grupal no siempre tiene lugar. Dentro de los límites de una misma unidad social conviven distintas comunidades, que aún compartiendo ciertos rasgos de la identidad común a todo el grupo, albergan a su vez unas características propias que les proporcionan una personalidad, e incluso unos objetivos, distintos a los de los demás. La diferenciación de estos colectivos dentro de una misma unidad social, les confiere un tipo de marginalidad interna que nada tiene que ver con aquella que se establece con unidades sociales externas, o mejor dicho extrañas, al sentir y al ser comunes de un grupo en concreto. Y es en este contexto donde el concepto de marginalidad adquiere dos perspectivas.

Aranguren nos presenta al “otro”, en su doble vertiente de próximo y lejano, diferenciando en este signo al *alter* y al *alius* (9-11). La alteridad nos permite, desde la unidad, pensar o visualizar la pluralidad, mientras que la aliedad nos abre las puertas a mundos distintos, lejanos y extraños al nuestro. La alteridad es el rasgo propio de las distintas esferas o estratos que conforman, dentro de los límites de un espacio físico concreto, el entramado de un grupo social: la jerarquía de clases, los colectivos, las profesiones. Pero a pesar de presentar y compartir distintos elementos comunes, de los cuales surge la identidad colectiva, cada estrato, así como sus propios miembros de forma individual, pueden a su vez sufrir la incompreensión, el rechazo o incluso el desprecio dentro de su misma unidad social, produciéndose así una marginalidad interna. Por lo que respecta a la aliedad, ésta se nos manifiesta cuando no nos reconocemos en el otro, en el *alius* que se nos muestra, por simple desconocimiento, lejano y enigmático. Esta aliedad la podemos aceptar, por un lado, si se mantiene dentro de sus propios límites rodeada de un halo de exotismo, pero, por otro, rechazar por la amenaza que puede llegar a representar. Georges Balandier lo define así: “La proximidad engendra con frecuencia una apreciación negativa, y las condiciones de la vida cotidiana la convierten en intolerancia, en conductas de exclusión relativa y en conflictos repetidos” (41).

Estos parámetros de la marginalidad los encontramos en la novela *A Good Man in Africa*, donde Boyd nos regala una sátira hilarante y mordaz, mostrándonos a través de las aventuras y desventuras de un Primer Secretario de Consulado Británico en una remota república africana, las pequeñas miserias que conforman su vida y la de los que le rodean: la envidia, la corrupción, el desconocimiento y menosprecio hacia sus semejantes. Pero el humor que impregna la novela en absoluto trivializa la situación que el escritor quiere denunciar —la marginalidad, la pérdida de identidad y el cómodo y seguro status etnocentrista— y que ya nos apunta en la cita que toma de W.H. Auden al inicio de la novela (8):

Somewhere a strange and shrewd tomorrow goes to bed,
 Planning a test for men from Europe; no one guesses
 Who will be most ashamed, who richer, and who dead.

Nuestro protagonista, Morgan Leafy, se mueve entre dos mundos, el británico y el africano, sintiéndose, en mayor o menor grado, rechazado por ambos. Como miembro del cuerpo diplomático de su Graciosa Majestad es consciente, con cierta amargura y por supuesto envidia, de que su entrada no se ha producido por la puerta grande, de que no pertenece al mundo de los Fanshawe, de los Dalmire, “when he met with Fanshawe, Dalmire and Jones, the Commission’s accountant, they made him feel cheap and flashy, like some travelling salesman” (13). Mientras que éstos proceden de una élite educada en Oxford, él no pudo formarse más que en “some concrete and plate-glass building site in the Midlands” (14), y el linaje familiar tampoco tiene la debida pátina: “his father (Dalmire’s) was a Lieutenant-Colonel....his father (Leafy’s) had been a catering manager at Heathrow” (14). La cuna es una de las primeras fuentes de marginación interna; aquellos que son agraciados, por llamarlo de alguna manera, desde su nacimiento, con un cierto prestigio social, automáticamente quedan situados a años luz del resto de los mortales, todo cuanto de bueno acontece en sus vidas es visto como algo *natural* y Leafy, con una amarga ironía, razona su odio contra Dalmire: “...because his life was so easy and his attitude, far from one of abject and astonished gratefulness that this should be so, seemed rather to indicate that this was as fixed and natural a state of affairs as the planetary orbits going on invisibly above their heads” (14).

A modo de compensación, una justicia natural nos depara contadas ocasiones en las que se equilibran estas diferencias mundanas y Leafy siente, al menos por una vez, que todos estamos hechos del mismo barro y que, por muy alta que sea la alcurnia, compartimos ciertas servidumbres fisiológicas ineludibles. El encuentro rocambolesco entre Leafy y la Duquesa de Ripon en el cuarto de baño de los Fanshawe, le proporciona un momentáneo pero gratificante descubrimiento: “He saw the shape sit down on the WC, heard the straining grunts, the farts, the splashes. Ah, he thought to himself, a manic giggle chattering in his head, so they do go to the toilet like everyone else” (261). Las relaciones laborales de Leafy reflejan esa tendencia de ciertos mandos superiores a dar por sentado que sus colaboradores no lo son únicamente en el plano profesional, sino también en el personal. Las obligaciones de un Primer Secretario deberían ser aquellas que se ajustan a su puesto, pero el hecho de no sentirle miembro de una clase, el hecho de no haber conseguido una promoción en el debido tiempo, definitivamente le marginan.

Él mismo define su condición en el Consulado como de *court-jester* (31), no es más que un peón al servicio de los elegidos. Esta posición en la *corte* de Fanshawe le hace merecedor de ciertos comentarios que, aunque dichos con un aparente y desenfadado aprecio, sólo conducen a dejar claro el profundo desfase entre dos clases distintas: “Old Nkongsamba hand is Morgan. Been here, oh, getting on for three years now, isn’t that right, Morgan? Part of the furniture almost, eh? Ha Ha. Good man though.” (13). Incluso Chloe Fanshawe irrumpe en la actividad de Leafy sin ningún miramiento, dando por sentado que también está a su servicio: ““Not busy are you Morgan?” Ostensibly a question, it clearly functioned as a statement:

no response was required” (24). Éste sabe que es una orden que no tiene más remedio que acatar. Y qué decir de la inquietante Priscilla Fanshawe, que lo maneja a su antojo para olvidar una relación fallida, para después dejarle caer por otra de más prestigio social.

Leafy es consciente de la utilización que se hace de él, pero desgraciadamente esta servidumbre conlleva, por la interiorización de unas normas jerárquicas preestablecidas, su aceptación. Ante uno de los múltiples requerimientos de Fanshawe, vemos que “Morgan was anxious to please” (97). Esta ansiedad proviene de los condicionamientos que marcan la relación de un inferior frente a un superior. Si se obedece, si se pliega uno a los caprichos de alguien, ello puede ser provechoso, se puede traducir en un informe personal favorable que le permita una promoción, salir del “dead-end place” (17) donde el destino le tiene olvidado y algo todavía mucho más importante para Leafy, no perder su puesto de trabajo y con ello su ya menguada autoestima ante la posibilidad de un “ignominious return to Britain” (274). Es una postura de perdedores que no tienen ni la fuerza moral, ni la personalidad, ni por supuesto los medios económicos necesarios para dejar claro su papel y que, muy al contrario que el objetivo perseguido, sólo conduce a reafirmar la opinión que sobre ellos se tiene. Leafy pertenece a la clase de los anti-héroes que, como Jim Dixon en *Lucky Jim*, luchan por sobrevivir en un mundo hostil que les mantiene a una distancia prudencial pero conveniente para poder manejarles a su antojo. Ahogan sus frustraciones en alcohol y expresan sus verdaderos sentimientos a través de muecas reprobatorias como única vía de escape. La visión de Fanshawe provoca en Leafy las siguientes reacciones: “...his feelings about Fanshawe wavered between the three poles of nostril-wrinkling contempt, total indifference and temple-throbbing irritation” (27), y ello nos trae a la memoria la expresiva capacidad facial de Dixon para afrontar sus males.

Pero no sólo Leafy es un ser marginado en esta historia, también en otras esferas se produce la marginación. El propio Fanshawe la sufre de sus superiores. Su destino en África no se corresponde con un pasado mucho más gratificante en Asia, y al que siempre se refiere con nostalgia. Su nombramiento para la pequeña república africana lo siente como un castigo impuesto desde la metrópoli: “He had almost two years left to serve and the prospect of eking them out as a Deputy High Commissioner in such a God-forsaken, insignificant spot was something his professional pride would not let him take easily” (27). Ante esta situación, todas sus energías se vuelcan en llevar a cabo una acción brillante: “like a model prisoner on death-row hoping his good behaviour will bring him a last-minute reprieve” (27), y así poder dar un colofón digno a su carrera.

En cuanto al conjunto de la pequeña comunidad británica que vegeta en Nkongsamba y tiene como único divertimento tomar el sol y asistir a pases de películas sobre la Familia Real, el narrador no encuentra mejor y más adecuado término para definirlos que el de *expatriates*, etiqueta que los mismos personajes utilizan, conscientes tanto de la marginación oficial que sufren, como de su situación en África, donde simplemente son tolerados, pero sin el respeto y miedo al que obligaba un extinto pasado colonial. Se encierran en su pequeño círculo social convirtiéndose en prisioneros de su propio sistema: “The two places (the clubs), the cinema and private dinner parties, represented all the social outlets available to the expatriate population. It’s no wonder, Morgan thought, [...], that they were such a desperate lot” (46). La

opinión que de ellos tienen otros habitantes de Kinjanja de distinta nacionalidad es cuanto menos de un irónico asombro y sarcasmo. Lee Wan, un malayo que trabaja en el hospital universitario, comenta a propósito de las esposas británicas: “All the white wives out here are on oral contraceptives and Librium. Ha, ha. That’s Africa for you, eh? trouble-free sex and tranquillizers. What do they call it? Post-pill paradise or something. Load of nonsense. Never seen a more neurotic, glum bunch in my life” (89). Y Muller, un industrial alemán, está mucho más al tanto de los entresijos de la política local: “Hell Man!....Where have you been living these last years, Morgan?” (135), siendo él el que facilita a Morgan información sobre el cacique local, Adekunle.

Leafy por su condición de paria dentro de su propio mundo, nos ofrece una visión realista sobre sus congéneres, y es aquí donde se transluce la voz crítica del autor denunciando la cerrazón de una parte de la sociedad en no querer ver que las cosas han cambiado, que ya no son el centro del mundo. El club donde se reúne la comunidad lo considera “a repository for all the worst values of smug colonial British middle-classdom” (45). El ambiente festivo de las reuniones lo siente Leafy como algo totalmente forzado, falso: “they were awash with false sincerity, hypocrisy and a dreadful backslipping bonhomie that always made him sweat with embarrassment” (112), propio de aquellos que se ven obligados a mantener una educada pero no deseada convivencia. En el fondo de su ser, saben que han sido enviados allí porque no merecían otra cosa mejor, “they (Whitehall) certainly sent the dross out here” (52), comenta sentenciosamente Leafy, y tienen demasiadas pruebas de ello como para olvidar su frustración. La consideración de representantes de la Corona de segunda clase les hace recibir, por ejemplo, películas tan novedosas como *Los Diez Mandamientos*, aunque bien mirado posiblemente sea una táctica para fortalecer el espíritu y mantener el debido decoro en un ambiente salvaje y primitivo, y así no caer en la tentación: “There were two good things about living in Africa, he (Leafy) told himself convivially: just two. Beer and sex. Sex and beer” (41). Sólo disponen de un dispensario local, así que dependiendo de la gravedad de la enfermedad deben acudir al hospital gestionado con capital americano, a falta de uno suyo propio.

¡Y qué decir de las visitas oficiales! La llegada de un miembro de la familia real, la ya mencionada Duquesa de Ripon, para celebrar el décimo aniversario de la independencia de la república, causa un cierto revuelo en la comunidad y Fanshawe, contestando a una pregunta de Leafy sobre la esperada visita real, describe la genealogía de la Duquesa en los siguientes términos “Not really a Royal either: someone called the Duchess of Ripon, third cousin twice removed to the Queen or something equally distant.” (103).

En el plano cultural, por último, y aprovechando la celebración de un festival Anglo-Kinjanjan en la Universidad de Nkongsamba, el British Council envía —dicho con más propiedad, coloca— a falta de algo mejor, a un: “itinerant poet for a couple of days” (22), figura que tristemente recuerda al pobre judío errante y del cual por supuesto nadie ha oído hablar. Su llegada a la residencia del cónsul se produce en plena noche, tras haber sido timado por un taxista local que le ha tenido vagando por la ciudad, haciendo honor a su apelativo, durante ocho largas horas. Lleva puesto un traje blanco y, cual si fuera una aparición, interrumpe inocentemente el plan urdido por Leafy para hacer desaparecer el nada incorrupto cuerpo de Innocence. Ante el terror de Friday, criado de Leafy que le confunde con el dios vengativo Shango, y la

furia de Leafy que se abalanza contra él cubriéndole de golpes e imprecaciones, sólo acierta a articular a modo de disculpa: “Me? I am a poet” (247), confiando en el efecto relajante de la Poesía.

La confrontación entre el yo y el *alter* produce la marginalidad a la cual se ve sometido el conjunto de la comunidad y tiene su origen, por un lado, en la falta de interés por parte de las altas esferas en la metrópoli, y por otro en una jerarquía clasista interna que impone sus propias leyes de convivencia. Estos súbditos, expatriados según su propia definición, se encierran en su mundo tratando de olvidar lo que les rodea, y ésto les lleva a una automarginación con respecto a la población local, no solo desconocen su cultura, sus costumbres, sino que las menosprecian. Vemos, pues, cómo desde esta perspectiva se produce el enfrentamiento entre el yo y el *alius*. El choque cultural no sólo lo propicia una lengua, creencias y costumbres distintas, sino también el paisaje y el clima, siendo el conjunto de todos estos elementos la base para el desarrollo de una cultura concreta. Para aquellos que han crecido en áreas más septentrionales, adaptarse a climas tropicales no es tarea fácil. El resultado de esta primera prueba a la que deben enfrentarse tendrá repercusiones negativas o positivas en su posterior apreciación y aceptación del país y sus gentes.

El narrador, irónicamente, compara Nkongsamba con Roma por estar construida sobre siete colinas, pero ahí acaba la parte buena de la comparación: “Set in undulating tropical rain forest, from the air it resembled nothing so much as a giant pool of crapulous vomit on somebody’s expansive unmown lawn” (17). El opresivo calor, junto con la sensación de *expatriados*, entorpece los mecanismos de adaptación al nuevo medio y hacen crecer un sentimiento negativo en la población foránea, percibiendo a la pequeña república como un “stinking hot frustrating shit-hole of a country” (12).

Los miembros de la comunidad británica no mantienen ningún tipo de relación con los nativos excepto las distantes y frías que se generan entre amo y sirviente. Fanshawe se asombra ante el comportamiento de sus criados: “Can’t understand these Africans at all [...] Just can’t make head nor tail of them, can’t figure out how the Kinjanjan mind works. Closed book to me” (70). Por supuesto que esto es así si no se produce ningún intento de acercamiento, de interés, de ver que delante de uno se abren mundos distintos con personas que sienten y padecen como cualquier otro ser humano del planeta. El racismo que late bajo la tradicional tolerancia británica aflora claramente en dos ocasiones, una de ellas surge en una conversación que Fanshawe mantiene con Leafy y donde se pregunta cómo el novio de su hija Priscilla la abandonó para casarse con una mujer china: “Can’t understand it. Such an appalling waste. Well brought-up, young chap too, good family and all that. Quite inexplicable” (104). La otra nos la ofrece Celia Adekunle, británica de origen y casada con Sam Adekunle, quien refiriéndose a cómo conoció a su marido en la universidad de Sheffield, dice a Leafy: “It wasn’t much fun being a black student in those days. We went out together a few times... got our share of strange looks” (140), y más adelante, refiriéndose al resto de la comunidad británica añade: “And I do know what the expats say, I’ve been on the receiving end of enough nasty gossip” (141).

Es interesante destacar aquí la conexión que Robert Young hace entre lenguaje (tema que tratamos más adelante) y sexo en el proceso de hibridación de dos culturas

y cuál es la postura de Occidente a este respecto: “Both (language and sex) produced what were regarded as ‘hybrid’ forms (creole, pidgin and miscegenated children), which were seen to embody threatening forms of perversion and degeneration and became the basis for endless metaphoric extension in the racial discourse of social commentary” (*Cultural Desire, Hybridity in Culture, Theory and Race*). Las relaciones interraciales, junto con las nuevas estructuras lingüísticas, representan una amenaza para un purismo conservador y lógicamente son marginadas.

El incidente de la muerte de Innocence es otra prueba que nos indica la total indiferencia e ignorancia de los miembros de la comunidad hacia los nativos. Ninguno de los Fanshawe siente su muerte, ninguno de ellos se compadece de la huérfana que deja tras de sí, nadie comprende y respeta su *wahallah*, su *juju*, su *Shango*, palabras que se consideran, desde su perspectiva occidental, primitivas, blasfemas, incivilizadas, pero ¿por qué pensar desde un tipo de civilización únicamente? Vemos que por mucho que los criados hayan sido bautizados y atiendan por su nombre católico —Leafy despectivamente los tilda de “gang of Old Testament prophets”(77)— esto no es más que una obligada apariencia, una herencia del pasado colonial. Sus creencias están vivas, esperando el momento oportuno para emerger y ahora que su país es libre, nada les va a hacer cambiar.

Hasta ahora hemos visto cómo el choque entre culturas se produce principalmente por falta de interés y menosprecio de otras costumbres, que son tenidas por inferiores comparadas con Occidente. Pero esta confrontación entre el yo y el *alius* también puede ser iluminadora para el primero, ya que puede mostrarle cómo aquellos rasgos que él cree conforman su identidad no son más que el resultado de una ideología subrepticia que, sin que nos demos cuenta, nos hace ver sólo a través de sus ojos. Cuando una realidad distinta nos planta cara, esas certezas y verdades que nos envuelven haciéndonos sentir seguros, se nos deshacen entre las manos y debemos enfrentarnos a lo que somos realmente. De entre todos los personajes de la novela que por un motivo u otro tienen la oportunidad de conocerse mejor descubriendo otra realidad, sólo Leafy es capaz de ello: “Realities hounded you unmercifully in Africa, Morgan thought” (148). Digamos que tanto la educada marginación que sufre por parte de los suyos como la prudente distancia que mantiene con los nativos, le sitúan en un plano lo suficientemente alejado como para tener una perspectiva distinta tanto suya propia como del resto.

África, como cualquier otro continente distinto del mundo occidental, existe en nuestra mente rodeada de un romántico halo de exotismo, de aventura, de ese morboso interés que crece ante algo desconocido. Dickie Dalmire llega a Nkongsamba ataviado con un perfecto conjunto de estilo colonial, y su ingenuidad y actitud de recién llegado le hacen recordar a Leafy sus perdidas ilusiones:

He had romanticized about Africa too, once, but that had been back in Britain, before he'd left for it. His colourful images and fond illusions had lasted about five minutes. Dispelled by the furnace blast of heat, littering his path on the walk from the plane to the humming immigration shacks at the international airport. All his Rider Haggard, *Jock of the Bushveldt*, Dr. Livingstone-I-presume, *Heart of the Matter* pretensions fell from him with the sweat from his brow (176).

Leafy proporciona a Dalmire, a modo de revancha personal por haberle quitado la novia, la oportunidad de ver cómo la muerte en África adquiere una dimensión totalmente opuesta al aséptico tratamiento que Occidente aplica a esta fase de la vida. Acostumbrados a adornar este último tránsito, a acicalar nuestros muertos y así relevar la idea de corrupción, Dalmire se derrumba ante la crudeza de la escena que presencia: “Innocence’s covered body, the wash-place, the juju spells, the smoking fire, the wandering semi-nude children, hens pecking in the dust” (222). Todo ello queda fuera de su alcance, de su mundo tan convenientemente organizado, tan pulcro, dejándole sumido en un estado de confusión que el narrador, haciéndose eco del poema de Wordsworth y siempre atento al tono irónico del relato, califica como de “intimations of mortality” (222). Esta experiencia sólo le sirve para hacer más profundo su distanciamiento frente a otra cultura.

En uno de sus paseos por la ciudad, Leafy es testigo de una escena que llama su atención: “Sometimes dusty, dirt-mantled lunatics from the forest could be seen weaving their nervous way among the throng in crazed incomprehension. [...] The crowd laughed or just ignored him—the mad are happily tolerated in Africa—content to let him gibber harmlessly on the pavement” (18). Leafy siente que la libertad de que goza este personaje y su aceptación entre los presentes, sería imposible de extrapolar a su mundo donde la figura del loco, según la concepción de Foucault, conduce inevitablemente a su marginalidad. La sociedad de la cual Leafy procede obliga, en base a una estricta jerarquía, a unas pautas de conducta y de relaciones interpersonales, y todo aquel que, de un modo u otro, transgrede los límites, será apartado.

La momentánea visión de esta otra realidad en la que la diferencia es aceptada, genera en Leafy una corriente de simpatía por aquel hombre, reconociéndose en él también como un *loco* dentro de su propio mundo. Este sentimiento, desgraciadamente, le lleva a cometer un error por actuar según su educación, compadece al hombre y le da dinero: “The madman turned his yellow eyes on him for a brief moment before stuffing the note into his wide moist mouth where he chewed it up with a salivating relish” (18). Leafy, utilizando sus propias palabras, se avergüenza por lo que acaba de hacer, ya que en la mirada que le devuelve el hombre descubre la materialidad de su acto, que en este contexto está totalmente fuera de lugar. El loco desprecia su dinero, no se vende, no lo necesita, y él, Leafy, no tiene más remedio que sobrevivir en un mundo donde todo se mide por dinero y es precisamente por dinero y por alcanzar una cierta posición por lo que es capaz de engañar, de mentir, de sobornar. El hecho de sentirse menospreciado y utilizado por los suyos le hace adoptar, a modo de compensación íntima, una actitud tiránica con los que están a su servicio, en especial con sus criados Moses y Friday, obligándoles a esperarle hasta altas horas de la noche, denegándoles un permiso para ver a su familia, acusándoles incluso de comerse *su* comida y hasta incluso de ver *su* televisión. En este trato vemos cómo aflora el orgullo perdido de un lejano pasado imperial: “It was a full-time job getting your own back on the world, he reasoned, you couldn’t afford to weaken” (51).

Esta conducta no es en el fondo más que una vía de escape para su propia frustración, y así cuando cae la noche, vemos cómo Leafy, a solas consigo mismo y amparado por la oscuridad, hace examen de conciencia y tiene el valor suficiente para verse tal y como realmente es: “Thinking back he ruefully acknowledged that he’d

been rude, sulky, bullying, selfish, unpleasant, hypocritical, cowardly, conceited, fascist, etc.. etc.. A normal sort of day” (67). Retomando sus palabras, la realidad en África atormenta, incluso obsesiona, pero se muestra reveladora.

Durante la época dorada del imperio británico, éste alcanzó una posición líder entre las potencias del mundo, y no sólo obtuvo beneficios de los países en los que imponía su regla, sino que también formó y educó en su cultura a aquellos que le servían y eran la base del entramado burocrático que, de algún modo, facilitaba las relaciones entre el colonizador y el pueblo ocupado. Pero, una vez perdidas las colonias y el status de líder, el poder que ostentaba el Reino Unido quedó relegado a un segundo puesto, quebrándose así la identidad forjada. Todo ello provocó un vuelco dramático de la situación existente, subvirtiendo la concepción de centro y margen. La relación entre el yo y el *alius* que se ha venido viendo se nos presenta ahora desde otra perspectiva, desde la central del nativo (o yo) y la marginal del extranjero (o *alius*). La población africana de la capital de Nkongsamba muestra una desigualdad social bastante acusada. Por un lado nos encontramos con una minoría que ha crecido y se ha educado bajo normas occidentales, obteniendo de este modo un puesto de relevancia y poder en su sociedad, y por otro con una mayoría a la cual, convenientemente, se mantiene en el sector de servicios. Pero todos ellos, gracias a la libertad recuperada, reflejan en el trato con sus antiguos amos el nuevo status adquirido.

Dentro de los límites del Consulado, se encuentran las dependencias donde vive el servicio: “There were officially six dwelling units for the Commission’s staff but lean-tos had sprouted, grass shelters were erected, cousins, odd-job gardeners and nomadic relations had turned up, and on the last count forty-three people were living here” (26). Vemos pues cómo, tras la pérdida de autoridad que hacía las veces de muro de contención, la forma de vida tribal de los nativos poco a poco va ganando terreno, imponen silenciosamente su presencia, su cultura, recuperando las tradiciones familiares de agrupamiento. Esta situación desagrada a Fanshawe, pero sus protestas se ven ahogadas en el lento avance de una naturaleza que, al igual que la selva, crece inexorablemente una vez recuperada su libertad. La reinstauración de estas costumbres son el desencadenante de la tragicomedia que tiene lugar con motivo de la muerte de Innocence, que a su vez es todo un símbolo. Leafy, encargado de hacer desaparecer su cuerpo, intenta por todos los medios luchar contra lo que él considera unas creencias irracionales, pero tras vanos intentos de persuasión apelando al sentido cristiano obligadamente inculcado a los nativos, no tiene más remedio que reconocer algo que late en el fondo de su ser y que prefiere silenciar en evitación de mayores males: la actitud de los nativos “only confirmed to Morgan what he’d always expected: that they could shed their Christianity as easily as a pair of trousers” (76).

Para nada sirven las enseñanzas impartidas, ni los sirvientes, ni los policías locales, ni por supuesto tampoco los encargados de pompas fúnebres, quienes “lugubriously dressed exactly like their European counterparts, had flatly refused to disturb the body until the fetish had been done” (76). Todo el mundo de falsas apariencias erigido durante largos años de dominación, se viene abajo como un castillo de naipes. Los críos que corretean libres por las calles de la ciudad persiguen con sus gritos de *Oyibo, Oyibo* (hombre blanco) a cualquier extranjero que se cruce en su camino: “It was something every Kinjanjan child did almost as a matter of course; it didn’t bother him (Leafy), it was just a persistent reminder that he was a stranger in their country”

(36). A esta generación no se le ha inculcado ya ese obligado respeto que proviene únicamente del miedo, y como cualquier niño del mundo, resaltan aquello que marque una diferencia.

Cuando dos comunidades lingüísticas distintas entran en contacto surge la necesidad de comunicación. En el caso de la ocupación colonial, y a pesar de estar sus hablantes en minoría, éstos imponen su lengua al resto de la población nativa, dada su condición dominante. Nace entonces un sistema de lenguaje restringido que cubre unas necesidades básicas. Los hablantes de la lengua dominante simplifican su vocabulario, su sintaxis para hacerse comprender más fácilmente por los nativos, y éstos son los que van construyendo lo que se conoce por pidgin: “A pidgin is not merely a broken form of the base language, but a language system with rules of its own” (Aitchison, 196). En Kinjanja, sus habitantes utilizan este pidgin, en realidad la semilla de un posterior criollo que las generaciones futuras dotarán de unas características específicas propias ya de una lengua, en sus relaciones con la comunidad británica. Y es así como vemos de qué manera lo que Bloomfield denominó “baby talk” (Aitchison, 184) adquiere su mayoría de edad y debe ser utilizado y aprendido por aquel que en un momento dado ostentó una posición dominante.

Cuando Leafy quiere realmente hacerse entender por los nativos, no tiene más remedio que recurrir a este pidgin: “he dropped naturally into pidgin English, unconsciously adopting its thick-tongued, nasal accents” (97). Y no es que solo se limite a imitar un acento sino que utiliza la construcción correcta: “Nevah bring’im here —you sabi dis ting. I nevah like’im for dis place” (12). Su subconsciente ha interiorizado ya esta nueva estructura y ello representa una prueba más del giro experimentado en las relaciones centro/margen. Aquella estructura lingüística tenida por marginal adquiere, lo mismo que sus hablantes, una nueva independencia y un nuevo status y lo que es más importante: “the vernacular idiom tacitly decomposes the authority of the metropolitan form” (Young *Cultural Desire, Hybridity in Culture, Theory and Race* 5).

La relación entre Leafy y Kojo, su secretario en el Consulado, se rige también por estos principios lingüísticos, aun cuando Kojo, en su calidad de funcionario educado en el sistema británico, entiende perfectamente a su superior. De todos modos, esta deferencia o conducta condescendiente de Leafy hacia su persona, provoca en Kojo una actitud irónica: “Kojo smiled, ignoring the pidgin English” (12). Ambos personajes se observan mutuamente, y de tal silenciosa contienda Leafy sale casi siempre perdedor. El aspecto de Kojo, “neat and dapper with a starched white shirt, tie, blue flannels and black shoes”(12), contrasta con la descuidada forma de vestir de Leafy, que junto con los visibles estragos producidos por el calor reinante, deslucen, aún más si cabe, su apariencia, dejando en un mal puesto a la tradicional elegancia británica: “Every time he was in Kojo’s presence Morgan felt like a slob” (12).

Como ya se ha comentado anteriormente, Leafy gusta de hacer notar su superioridad frente a aquellos que le sirven, y cómo no, con Kojo también. Pero estos súbitos y virulentos ataques de abuso de autoridad provocados por su maltrecho ego, siempre acaban con el reconocimiento de su tremenda mezquindad. El sentimiento de culpabilidad que le embarga le lleva de un extremo al otro, pasando del insulto o el menosprecio a un interés y una atención solícita que cuanto menos intriga a su interlocutor. Las buenas intenciones conducen a Leafy, muy a su pesar,

a ser objeto de burla. Después de una de estas escenas con doble mensaje, el narrador nos comenta: “As he walked back to his desk Morgan could see Kojo’s thin shoulders still shaking with merriment. Kojo probably thought he was mad, Morgan concluded” (23). En el plano laboral, Kojo encarna la imagen del perfecto y eficiente trabajador, *bloody efficient* en palabras de Leafy quien, con cierta perplejidad, no tiene más remedio que reconocer la valía y capacidad del funcionario. Estas cualidades en su subordinado le han permitido relajar su atención en el desarrollo del día a día del trabajo rutinario del Consulado. Es Kojo quien se encarga de la correspondencia, de todos los trámites burocráticos, de controlar la asistencia a las recepciones oficiales, y mientras revisa los documentos que Kojo le pasa a la firma, Leafy no puede por menos que decirse a sí mismo: “Keeping the Union Jack flying, he thought, making the world safe for Democracy” (22). En este comentario tan amargo se plasma el irónico fin de los grandes ideales que hicieron crecer al imperio, reflejando también la condición en que se encuentra el colonizador. Su frustración, su desidia contrastan con el celo y el interés que muestra el *ex-colonizado*, y la visión de éste es un incómodo y turbador recordatorio de cómo debería ser él en realidad. Kojo, gracias a su diligencia, es ahora el que representa la esencia del pensamiento colonizador. Ironías del destino.

Robert Young, analizando el concepto de *mimicry*, o imitación, en el cual Bhabha se basa para la construcción del otro o *alius* colonial, nos dice:

Mimicry at once enables power and produces the loss of agency. If control slips away from the colonizer, the requirement of mimicry means that the colonized, while complicit in the process remains the unwitting and unconscious agent of menace —with a resulting paranoia on the part of the colonizer as he tries to guess the native’s sinister intentions (*White Mythologies* 147-148).

Esta imitación por parte del colonizado genera en el colonizador la coexistencia de dos sentimientos distintos. Por un lado la necesita para su supervivencia, ya que es una forma de extender su filosofía y su poder, pero por otro se convierte en amenaza ya que el aprendiz puede llegar a superar al maestro.

El interés del Ministerio de Asuntos Exteriores británico por la pequeña y olvidada república se despierta debido al descubrimiento de unas reservas petrolíferas importantes en aquella zona y, en vista de una beneficiosa alianza económica, se inicia un solapado acercamiento político para averiguar cuál de los partidos en liza sería el más pro-británico. Y es en este punto donde aparece en escena la figura de Sam Adekunle, Profesor de Economía y Gestión Empresarial en la Universidad de Nkongsamba y miembro destacado del partido local KNP (Kinjanja National Party) en calidad de responsable de la política exterior. Pero por muy honorables que suenen sus títulos, no sirven más que para esconder tras ellos a un astuto cacique corrupto. Su formación ha tenido lugar en Inglaterra y el narrador nos lo describe así: “His voice was deep and educated, with a near-perfect English accent modulated by hints of American tones he’d picked up while studying at the Harvard Business School” (56). Estos antecedentes hacen que Fanshawe, erróneamente, le crea un tipo de fácil acceso y encantado de colaborar con la causa británica en agradecimiento a la educación recibida: “He’s an urbane sort of chap, modern tastes, English wife, children at

prep school in the UK, that sort of thing. Shouldn't be a great effort for you (Leafy) to get into his particular social circle at the University”(102).

Pero nada más alejado de la realidad. El desconocimiento absoluto de Fanshawe sobre la situación, y la ingenuidad de Leafy dejándose embaucar por sus palabras: “Real diplomacy. Not this endless socializing, mindless official business. No, you can really do something positive here, something creative. For your country” (101), llevan al primero a cometer error tras error, y al segundo a actuar de testaferro al servicio de los intereses particulares de su jefe. La recompensa, con visos de soborno, ofrecida a Adekunle por dejar caer la balanza del lado británico en caso de que su partido gane las elecciones, es una de las muchas muestras de la ineptitud y ceguera de estos funcionarios al servicio de su Majestad. Adekunle, ante la ingenuidad de la oferta, no puede por menos que echarse a reír y en tan solo unas pocas líneas deja muy claro quién es el que controla en realidad la situación y cómo las cosas ya no son lo que eran:

Adekunle gave a loud laugh. ‘My good God,’ he said. ‘You British are indeed astonishing. You still think that all you need to do to get an African politician eating out of your hands is to offer first class air tickets and bed and breakfast at Claridges.’ He wheezed with laughter’ [...]

‘Thank you’ Adekunle said finally. ‘Thank you for your offer. I will see if I can fit it into my itinerary.’

‘Itinerary?’ Morgan repeated, nonplussed. ‘Do you mean...?’

‘Yes, my dear Mr. British Deputy High Commission man. You are a very late bird to catch this worm, as the saying goes. Once I’ve been to Washington, Paris, Bonn and Rome I’ll see if I can drop in on London. Thank you again, Mr. Leafy,’ he said still smiling. ‘No wonder the Empire went. Yes? (142-143).

Sam Adekunle ha aprendido bien la lección, sabe como desenvolverse en su mundo, conoce el sistema y tiene el poder y la inteligencia suficientes para utilizarlo en su beneficio, manejando a su antojo los títeres de esta pequeña farsa.

En este relato, donde prácticamente todos los personajes tienen algo de lo que avergonzarse, encarnando distintos pecados, vemos cómo sólo unos pocos se mantienen alejados de ese pozo de víboras que luchan entre sí. Leafy, a pesar de formar también parte de tan maldito grupo, es consciente de lo bueno y lo malo, o lo que es lo mismo, de la rectitud, de la dignidad, de la honradez, frente a la ignorancia, la ceguera, la ambición, la corrupción. La muerte del Dr. Murray, el único que mantiene unos principios éticos y morales, hace que Leafy se pregunte a sí mismo: “Why Murray? he asked himself in despair. A good man like that: there weren't many of them around —Kojo, Friday, Murray. Why not Dalmire, why not Fanshawe? Why not me?” (311). La lluvia pone punto final a esta narración, pero no lava los pecados, no regenera, sólo acompaña en su fría soledad a la bondad y a la inocencia que no han logrado sobrevivir. Los personajes de la novela se debaten, algunos conscientemente y otros inconscientemente, en encontrar respuesta a esas eternas preguntas de, ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos?, y se aferran a la frágil protección de una hipotética identidad para sentirse más seguros. El miedo a perder esa seguridad se refleja en las distintas formas de marginación que

hacen crecer a su alrededor unas barreras que más que proteger, sólo sirven para acrecentar la incomunicación.

Boyd, muy acertadamente, utiliza el humor para presentarnos esta sátira sobre la nueva condición de la identidad británica, ya que afortunadamente este rasgo —por otro lado tan humano— permite, tanto al escritor como al lector alcanzar una objetividad que paradójicamente le distancia y al mismo tiempo le integra en la realidad. Quitando dramatismo a la situación la hacemos más nuestra, la comprendemos y nos reconocemos mejor en ella. La amarga ironía, la dura crítica que en ciertos casos el propio orgullo rechazaría, se acepta por la cara amable que el humor le proporciona, y de este modo aprendemos a conocernos mejor y a distinguir el verdadero sentido de la tolerancia.

Este trabajo ha sido realizado gracias a una Beca de Investigación concedida por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares.

Obras citadas

- Aitchison, Jean. *Language Change: Progress or Decay?* 2nd edition. Cambridge: Cambridge UP, 1991.
- Balandier, Georges. “La aprehensión del otro: antropología desde fuera y antropología desde dentro.” *Revista de Occidente* 140 (1993): 35-42.
- Boyd, William. *A Good Man in Africa*. Harmondsworth: Penguin Books, 1982.
- Landowski, Eric. “Ellos y nosotros: notas para una aproximación semiótica a algunas figuras de la alteridad social.” *Revista de Occidente* 140 (1993): 98-118
- López Aranguren, José Luis. “El Yo, el sí mismo, el otro y El Otro.” *Revista de Occidente* 140 (1993): 9-11.
- Young, Robert. *Cultural Desire, Hybridity in Culture: Theory and Race*. London: Routledge, 1995.
- *White Mythologies: Writing History and the West*. London: Routledge, 1990.